

para descubrirle en el lugar apartado adonde había huido desde su convento, ocultándose entre las cestas de los provisos. Hasta escribió al emperador Mauricio, conjurándole en nombre de su amistad, á que no confirmara la elección que había recaído en su persona; y en lo sucesivo siempre echó de menos su tranquilidad primera. *No puedo reprimir mi llanto, escribía á Leandro de Sevilla, cuando me traslado mentalmente hacia aquel venturoso puerto de que me han arrancado. Mi corazón gime al solo recuerdo de aquella tierra firme á que ya no puedo abordar de ningún modo.*

Y es que efectivamente entonces imponía miedo la dignidad del papazgo. Por su posición eminente era responsable el pontífice de cuanto pudiera acontecer en Roma. No tenía libertad para obrar á pesar de todo: eran una traba constante á sus actos el duque, el prefecto imperial, el Senado, los decuriones, inhábiles para el gobierno. A los ojos del nuevo pontífice se presentaban entorno pueblos idólatras ó arrianos; encima emperadores teologastros que trastornaban la Iglesia ora con sus controversias, ora con sus pretensiones; entre el clero de los países recientemente convertidos, la simonía y el libertinaje (6); á las puertas de Roma los longobardos amenazadores; la Italia desgarrada por un largo cisma y por añadidura afligida por una horrible peste.

*Para gobernar un viejo buque desmantelado y batido por los huracanes*, como denominaba á Roma, puso en práctica la oración y toda la energía de un carácter indomable. Estendió su solicitud de una á otra estremidad del mundo, á fin de divulgar la verdad, donde aun no era conocida, de combatir el error y de sostener la moral. Reunió un concilio en Roma para poner remedio al cisma de Aquilea, lo cual consiguió á lo menos en parte. Opuso un dique á los donatistas de Africa, á pesar del escaso auxilio que le prestaron los obispos de aquella provincia. De su mano recibieron los reyes francos y borgoñones cartas sobre cartas, que les apremiaban á extirpar la simonía, que, elevando á las dignidades eclesiásticas personas incapaces ó indignas, alteraba las costumbres y destruía la disciplina del clero: con este objeto envió al abad Ciriaco, encargándole la convocatoria de un concilio en las Galias y después de otro en Barcelona. Ya hemos visto cuán acendrado celo dedicó á la conversión de los anglos, de los

(6) Un cánón del segundo concilio de Vaison, del año 519, referido por el docto padre Tomasin (*Discipl. de Benef. p. 2, l. c. 88, n.º 10*), contiene para Italia este autorizado testimonio: *Omnes presbyteri, qui sunt in parochiis constituti, secundam consuetudinem, quam, per totam Italiam satis salubriter teneri cognovimus, juniores lectores secum in domo retineant, et eos quomodo boni patres spiritualiter nutriendos, psalmos parare, divinis lectionibus insistere, et in lege Domini erudire contendant, ut sibi dignos successores provideant.*

longobardos, de los visigodos, y los felices triunfos de que pudo regocijarse: también envió otros misioneros á predicar á los barbaricianos, idólatras de la Cerdeña.

Esforzábase por mantener la armonía entre el emperador griego y los longobardos, pero exhortaba también á los sicilianos á que alejasen por medio de letanias semanales una invasión con que los longobardos les amenazaban, de cuya maldad era testigo la desolación de la Italia (7). Se opuso á Agilulfo, cuando asediaba éste á Roma, y defendió contra las vejaciones imperiales la libertad de la Iglesia con palabras humildes, pero con franqueza diciendo: «¿Quién soy yo para hablar así á mis señores, sino corrupción y polvo? Pero ya que en mi concepto esta institución va contra Dios, autor de todas las cosas, no puedo disimularlo á mis señores: Cristo es el que os responde por mí, el último de sus siervos, y de los vuestros; diciéndoos *De secretario que eras, te hice conde de las guardias: de conde de las guardias, César, de César emperador y padre de emperador. He confiado á tus manos mis sacerdotes y niegas soldados á mi servicio.* Ruégote, piadosísimo emperador, que respondas á tu siervo. ¿Qué replicarás á tu Dios en el día del juicio cuando te hable de este modo?... Sumiso á tus órdenes he enviado esta ley á toda la tierra; pero en este pliego, en que deposito mis reflexiones, he dicho á mis serenísimos señores que esta ley contrasta con la de Dios todopoderoso. He llenado, pues, mi deber bajo ambos aspectos: he obedecido á César, y no he pasado en silencio lo que creo contrario á Dios (8).»

Habiéndose abrogado el patriarca de Constantinopla, Juan Ayunador, el título de obispo universal (*ecuménico*), Gregorio lo censuró por haber tomado *este título, lleno de estravagancia y de orgullo.* «¿No sabéis, le dice, que el concilio de Calcedonia ofreció este honor á los obispos de Roma llamándoles universales, y que, sin embargo, ni uno solo ha querido recibirlo por temor de que aparezca que se atribuyen el episcopado, arrebatándoselo á todos sus demás hermanos?... Cuando incurra en el error un obispo que se llame universal ¿habrá todavía un obispo que al lado de la verdad se coloque?» (9)

Escribiéndole Eulogio, patriarca de Alejandria: «He cesado de llamar ecuménico á mi hermano de Constantinopla con sujeción á lo que me habeis mandado.» Gregorio le respondió en esta forma: «Por favor, dejaos de hacer uso de la palabra *mandar*; sé lo que soy y lo que sois; mi hermano por el puesto que ocupais; mi padre por las virtudes; yo no os he mandado nada: solo os he hecho presente lo que me parecía bien, y no os habeis atendido á ello en un todo, puesto que os dije que á na-

(7) Ep. XI, 51.

(8) Ep. III, 65, á Mauricio emperador.

(9) Ep. IV, 38.

die diérais el título de universal y me le atribuis en el encabezamiento de vuestra carta. No tengo á honra para mí lo que me parece deshonra en mis hermanos: lejos de nosotros las palabras que nos hinchan de vanidad y ofenden la caridad.» Hasta para oponer un contraste á la arrogancia del patriarca, adoptó el título de *siervo de los siervos de Dios*, y añadió dirigiéndose al emperador Mauricio: «El gobierno y la supremacía de la Iglesia fué dada á Pedro, y no por eso se tituló apóstol universal. Contemplad actualmente á Europa presa de los bárbaros, destruidas las ciudades, demolidas las fortalezas, esquiladas las provincias, á merced de los idólatras la vida de los fieles. ¿Es justo que los obispos, que deberían llorar postrados sobre la ceniza, quieran satisfacer su vanidad con nuevos títulos en ocasión semejante? Yo no defiendo mi causa, sino la de Dios y la de la Iglesia universal. Soy siervo de todos los obispos mientras se porten como tales; si alguno de ellos levanta la cabeza contra Dios, tengo confianza en que no derribará la mía con la espada.»

Los que pretenden que la autoridad pontifical no se estendió sino con ayuda de las falsas decretales, pueden ver, no obstante, que mucho antes de que aparecieran, Gregorio hablaba á los obispos y á los reyes con la dignidad suave, aunque firme de un jefe universal. Enuméranos él mismo los cuidados exteriores y seculares que abrumaban al papa (10). Además consumó actos que parecían pertenecientes á la soberanía temporal; envía un gobernador á Nepi, mandando al pueblo que le obedezca como al pontífice supremo; un tribuno á Nápoles para velar por la defensa de aquella gran ciudad (11). Recomienda al obispo de Terracina que no permita que nadie eluda la obligación de montar la guardia en las murallas (12). En suma, el papa venía á ser en Italia, con relación á los emperadores griegos, lo que los mayordomos francos con relación á los Merovingios. Además descendía de los cuidados del mundo á los menores detalles de la administración patrimonial, á fin de que no pesaran vejaciones sobre los que trabajaban en las tierras de la Iglesia, y escribía al ecónomo de Sicilia: «He sabido que se toma el grano á los aldeanos á un precio ínfimo en tiempo de abundancia: no hagais tal; séales pagado al precio ordinario, sin deducción de lo que perece en los naufragios. Tampoco los arrendatarios deben pagar ni hacer más servicios de los convenidos, ni dar el grano en mayor medida; y á fin de que nadie

(10) *Hoc in loco, quisquis pastor dicitur, curis exterioribus graviter occupatur, ita ut saepe incertum sit utrum pastoris officium, an terreni proceris agat.* Ep. I, 25.

(11) L. II, ep. 11 y 31.

(12) *Quia comperimus multos se murorum vigiliis excusare, sit fraternitas vestra sollicita, ut nullum usque per nostrum vel Ecclesie nomen, aut quolibet alio modo, defendi a vigiliis patiat, sed omnes generaliter compellatur.*

les sobrecargue después de nuestra muerte, dadles una tarifa por escrito que determine su precio. También he sabido que algunos para pagar el primer plazo han tenido que tomar dinero prestado á una escesiva usura. Les suministrareis, pues, estos capitales de los fondos de la Iglesia y los reembolsareis poco á poco, de suerte que no se vean obligados á malbaratar sus géneros. En general no queremos que se manchen las arcas de la Iglesia con una sórdida ganancia.» (13)

Al mismo tiempo que mantenía el esplendor de su sede, empleaba sus ricas rentas en hacer limosnas, en fundar escuelas y hospitales, en enviar subsidios á las provincias más remotas y ejercer la hospitalidad. Cotidianamente hacia que su capellan convidara á doce extranjeros; y la gratitud popular refirió, que entre el número de aquellos llegó Cristo á sentarse á su mesa. Mientras tanto, se conservaba modesto y escribía al subdiácono Pedro, administrador del patrimonio de Sicilia: *Me habeis enviado un mal caballo y cinco buenos asnos. No puedo montar en el primero porque es malo, ni en los otros porque son asnos.* Parco en su mesa y exacto en el cumplimiento de las prácticas de la vida monástica, no buscaba su comodidad en cosa alguna, ni hacia caso de los honores y ventajas del mundo, ni pensaba más que en sus deberes. Tan firme como indulgente respecto de los herejes, escribía al obispo de Nápoles que acogiera á todo el que deseara volver á entrar en el seno de la Iglesia. *Tomo sobre mí, añadía, cualquier daño que pueda nacer de la falsedad de la reconciliación: una severidad escesiva redundaría en perjuicio de su alma.* Prohibía á los prelados de Terracina, de Cagliari, de Arlés y de Marsella, las violencias que un celo más fervoroso que prudente empleaba contra los judíos, á fin de que la fuente en la que se renace á la vida divina, no les sea ocasión de una segunda muerte más funesta que la primera por la apostasia. Mandó que se les restituyera su sinagoga, recomendando tratarles con caridad y dulzura (14).

Apenas se creeria que un hombre tan ocupado tuviese tiempo para escribir tantas obras, las cuales le valieron el sobrenombre de Magno, no menos que sus virtudes. Consultado por Juan, arzobispo de Rávena, acerca de sus deberes, le dirigió la *Regla pastoral*, tratando en sus cuatro partes de las vías por las cuales se entra en el santo ministerio; de los deberes impuestos al que tiene esta investidura; del modo de instruir al pueblo, y del cuidado de santificarse á sí propio, ocupándose en santificar á los demás, á fin de no perder, por un exceso de confianza en sus propios recursos, el premio de los esfuerzos que se han hecho. Quiso una copia de ella el emperador Mauricio y se la envió á Anastasio, patriarca de Antioquia, para que la hiciera traducir al griego y distribuir á

(13) Ep. I, 42.

(14) Ep. II, 35.

todas las iglesias de Oriente. El rey Alfredo hizo otra versión sajona para los obispos de Inglaterra. Las iglesias de España y de Francia la propusieron por modelo á los obispos, y Carlomagno, como también sus sucesores, no cesan de recomendarla en sus capitulares.

Cuenta en sus *Diálogos* muchas, y, digámoslo también, demasiadas historias maravillosas de santos italianos, por él vistas u oídas. Allí están probadas las verdades fundamentales con ayuda de revelaciones hechas por muertos, resucitados y otros acontecimientos semejantes. La crítica deshecha este género de pruebas; pero el santo, que en sus obras dista mucho de mostrársenos ignorante, siguió en esto el gusto del siglo y se puso al alcance de aquellos á quienes quería convertir; y tan lejos estaba de su ánimo engañar, que cita á cada paso las personas que le refirieron los hechos. Esta obra metió mucho ruido: enviada á Teodelinda, no contribuyó poco á la conversión de los longobardos, sobre quienes recaían muchos de los milagros narrados. Posteriormente hasta se hizo una versión árabe de esta obra: y gustó de tal modo á los griegos, que valió entre ellos á Gregorio el sobrenombre de *Diálogo* (15).

Sus pláticas con monjes de singular piedad, á quienes quería ver siempre á su lado, dieron origen á las *Morales* sobre Job, en cuya obra no se eleva hasta los altísimos objetos de aquel poema, perdiéndose más bien en lejanas aplicaciones y forzadas alegorías. Enseguida comentó á Ezequiel é hizo homilias sobre los Evangelios. Muy lejos de menospreciar las bellas artes, estableció escuelas para los jóvenes, compuso himnos (16) y un antifonario de todas las partes de la misa que debían ser cantadas en notas. Hizo que le retrataran en el monasterio de San Andrés en Roma; y en las copias de este retrato, que se propagaron por todas partes, se le representaba habitualmente con el Espíritu Santo encima de su cabeza bajo la figura de una paloma: nueva prueba de que la pintura estaba en uso por aquel tiempo.

Después de esto, basta citar, para considerarlo falso, el incendio que dicen ordenó, de la biblioteca Palatina y la destrucción de los monumentos de la grandeza romana, con el fin de que la admiración que inspiraban no fuese un motivo para dejar de venerar las cosas santas: contribuyendo esto á que la apellidasen algunos el Atila de la literatura (17). ¡Pues qué! ¿era por ventura soberano de

(15) Propiamente lo aplicaron á Gregorio II, á quien sin razón atribuían estos diálogos.

(16) Los himnos de Gregorio son: *Primo dierum omnium; Nocte surgentes vigilemus omnes; Ecce jam noctis tequantur umbra; Clarum decus jejunii, Audi benigne conditor; Magno salutis gaudio; Rex Christe factor omnium; Jam Christus astra ascenderit.*

(17) En la época del furor revolucionario parisiense, se quemó por espacio de muchos días en la plaza Vendôme,

Roma para poder obrar de este modo? No obstante, por mucho que repugne este hecho á la crítica, Gregorio Magno mostró desvío respecto de los autores antiguos, quienes, no poseyendo más que la forma, eran peligrosos por la seducción de lo bello, en un tiempo en que aun no había terminado la lucha entre la belleza y la verdad. Por eso, así como el cuarto concilio de Cartago había prohibido á los obispos tener libros de los gentiles (18), del mismo modo Gregorio reprende á Desiderio, obispo de Viena, por que tolera escuelas de gramática; aunque asegura no haber conservado en sus *Diálogos* las mismas expresiones de los interlocutores porque su grosería hubiera figurado mal en ellos (19), en otra parte dice: «No huyo de la colisión del metacismo, ni evito la confusión del barbarismo: descuido el esmero de conservar los sitios y los movimientos á las proposiciones, pareciéndome indigno que las palabras del oráculo celeste tengan que adaptarse á las reglas de Donato (20).» Por esto sus escritos están llenos de descuidos, faltas de los tiempos y suyas propias; siendo escasa su crítica, inexacta su erudición, viciosas sus locuciones, difuso, oscuro y ambiguo su estilo, al paso que se repite con frecuencia; quiere exponer sobre cada cosa todo lo que hay que decir, y se inclina excesivamente á la alegoría.

La mayor parte de sus cartas son concernientes á la disciplina, y prueban cuán infatigable era su celo respecto del gobierno de la Iglesia, así como su profundo conocimiento de las leyes divinas y humanas (21). Introdujo en ocasión de la peste

gran cantidad de manuscritos y de documentos originales, bajo el pretexto de que contenían la historia de la nobleza.

(18) *Libros Gentilium non legat, episcopus*, c. 16.

(19) *Dial.* I.

(20) *Ad Leandrum in comm.* Lib. *Job*.

(21) Conviene referir aquí su carta á la emperatriz Constantina. «Conociendo yo cuanto ocupa el pensamiento de nuestra serenísima señora la patria celestial y la vida de su alma, me consideraría gravemente culpado si callase todo lo que es digno de advertirse por temor del Dios Omnipotente. Habiendo sabido que hay en la isla de Cerdeña muchos gentiles, y que según su mala costumbre sacrifican todavía á los ídolos, y que los sacerdotes de aquella isla son negligentes para predicar la doctrina del Redentor, envié uno de los obispos italianos, el cual, con la ayuda de Dios, atrajo á la fe á muchos de aquellos. Pero me ha anunciado una cosa sacrilega, á saber, que los que sacrifican allí á los ídolos, pagan al juez á fin de que les permita esta práctica, y habiendo sido bautizados, y habiendo abandonado aquellos sacrificios, el juez de la isla aun después del bautismo, exige la paga que solían darle. El obispo le reprendió por esto, pero el juez le contestó que había prometido cierta cantidad como precio del empleo, y que solo podría ganarlo de aquella manera. La isla de Córcega se halla además tan oprimida con tanto exceso por los exatores y con tan exorbitantes exacciones, que los habitantes apenas pueden atender á ellas vendiendo sus propios hijos; con cuyo motivo abandonando la piadosa república,

que se experimentaba entonces, la procesion que se verifica aun en el día de San Marcos, bajo el nombre de Grandes letanias, y fué el primero que puso fecha á los breves, como se practica hoy señalando el mes y el día.

No había aun llegado la Iglesia á imprimir á la liturgia aquella unidad inseparable de su carácter, cuando Gregorio pensó en alcanzar este resultado, retocando el libro en que el papa Gelasio había colocado tanto las oraciones anteriores como las que él mismo había compuesto. Produjo aquel trabajo el *Sacramentario*, que con el *Antifonario* y el *Bendicionario*, constituyen el misal romano; y además, puesto que la parte esencial, así como las

se han visto obligados á refugiarse entre la horrible nación de los longobardos. ¿Y qué cosa más grave, qué cosa más verdaderamente cruel podrían sufrir del rigor de los bárbaros, que verse reducidos á vender sus hijos? Se habla en Sicilia de un tal Estéban, cartulario de los puntos marítimos, que invadiendo todo lugar, y poniendo sin pronunciar sentencia los carteles en las posesiones y en las casas, causa tantos daños y tantas opresiones, que si yo quisiera contar todos los hechos que se me han referido de él, no lo podría hacer en un gran volumen. Vea, pues, nuestra serenísima señora todas estas cosas, y atiende al llanto de los oprimidos. Muy cierto estoy de que sus quejas no han llegado á vuestros benignos oídos, pues, de lo contrario, no habrían durado hasta ahora. Aconsejad á su tiempo al muy piadoso Señor, á fin de que aparte del imperio y de sus hijos la carga de tan grave pecado. Bien sé que dirá probablemente que se nos envía para las atenciones de Italia cuanto se recoge de las referidas islas; pero yo digo que conceda menos para las atenciones de Italia, y enjague en su imperio las lágrimas de los oprimidos. Y por eso tal vez aprovechan menos los muchos gastos que se hacen para esta tierra, porque se provee á sus necesidades de un modo pecaminoso. Por tanto, aunque se destinen menos fondos á los gastos de la república, todavía le aprovecharán más, y será mejor no proveer á nuestra vida temporal que poner obstáculos á la vuestra eterna. Pensad con qué ánimo, con qué razón, con qué dolores deben hallarse aquellos padres, que para salvarse se separan de sus hijos. El que tiene hijos sabe bien compadecerse de los ajenos. Básteme á mi haber advertido esto brevemente, á fin de que si vuestra piedad ignorase cuánto sucede en estos países, no fuese acusado yo y castigado por mi silencio ante el severo juez.»

Por esta carta (dice C. Balbo en la *Historia de Italia*) y aun por toda la colección de las de aquel hombre tan ilustre y elevado en un siglo tan oscuro y bajo, fácilmente se descubre lo que todos los demás documentos originales continuarán demostrándonos, á saber: que toda la gloria, toda la ilustración, toda la actividad que en Italia quedaba, así como en el mundo, todo estaba concentrado en aquellos tiempos en la Iglesia y en sus pontífices, y principalmente en los pontífices romanos. Que extranjeros á quienes estos pontífices impidieron con tal frecuencia tiranizar plena y tranquilamente la Italia, los hayan juzgado con odio y rencor, y hayan desfigurado é interpretado mal tales monumentos, debe parecer cosa natural; pero por Dios que es demasiada imbecilidad apartarnos, para seguirlos, de nuestras historias, adular á los opresores aun cuando ya han pasado, y calumniar á nuestros más constantes defensores.

fórmulas en uso en la administración de los sacramentos, sobre todo en la celebración del Santo Sacrificio, subsisten inalterables en nuestros ritos, sirven de gran prueba contra quien los tacha de novedad. Costó á Gregorio gran trabajo hacer extensiva á las demás Iglesias la liturgia emanada de la de Roma; pero no se estaba aun en los tiempos en que podían los papas decretar aquella uniformidad. Adhirieron los milaneses al rito ambrosiano, conservando el suyo la Galia y la España, el cual parece de origen griego, y cesó de estar en uso respecto de la primera en tiempo de Carlomagno, y en la segunda, en el siglo XI bajo el pontificado de Gregorio VII. El Oriente conservó sus cánticos y sus ceremonias, las mismas que se ejecutan hoy bajo las cúpulas de Kiew, de Moscú y de Constantinopla (22). Cuando en época posterior el aumento de los negocios impidió al papa asistir á liturgias sumamente largas, las abrevió Gregorio VII respecto de su capilla, desde donde se propagaron estas abreviaciones á las demás iglesias de Roma y del mundo católico, aunque se hallen algunas más fieles á las liturgias de Gregorio Magno.

Prohibió este pontífice que se exigiera salario por la sepultura, con el fin de que no pareciese un motivo de placer la muerte de los hombres. Lamentase en una carta de que subsistiesen aun restos del paganismo, que consistían en inmolar á los ídolos, en reverenciar á ciertos árboles y en sacrificar cabezas de animales. Habiéndole pedido la emperatriz Constantina algunas reliquias, le respondió que en Occidente se considera como un sacrilegio poner la mano en los cuerpos de los santos, y que se admiraba de que se pensara de distinta manera en Grecia; que en Roma no se daban sino fragmentos de las cadenas de San Pedro, de las parrillas de San Lorenzo, ó bien pedazos de lienzo que han sido encerrados en una caja y puestos en contacto por este medio con el cuerpo del santo. Añade, que habiendo querido su predecesor cambiar algunos ornamentos de plata sobre el cuerpo de San Pedro, no obstante que se hallaba separado de él por una distancia de quince piés, le sobrecogió una terrible visión; y que algunos capellanes y monjes murieron en el espacio de diez días, solo por habérseles aparecido San Lorenzo.

En el concilio romano estableció que no convenia á las graves costumbres de los diáconos y otros eclesiásticos entregarse á la vanidad de aprender la música, tan inconveniente á la magestuosa condición de las funciones espirituales, perdiendo en los pasajes y en los gorgoros la compostura de

(22) Respecto de la liturgia merecen recomendarse las *Instituciones litúrgicas*, por el r. p. dom PROSPER GUERANGER, abad de Solesmes. Paris, 1840, útiles no solo á los sacerdotes, sino también á los artistas, para no incurrir en incongruencias demasiado frecuentes.

los ánimos, y consumiendo en ellos la voz destinada á predicar la divina palabra, para afirmar á los fieles en las virtudes cristianas. Prohibió, en su consecuencia, á los diáconos y á los sacerdotes, practicar los ejercicios de música, encargando al mismo tiempo á los subdiáconos y á los clérigos inferiores que cantaran los salmos y las sagradas lecciones con grave, seria y reposada entonación. Instituyó con este objeto escuelas que dirigía en persona y que aun subsistían trescientos años después; Agustín, en su viaje á Inglaterra, llevó consigo algunos cantores que hicieron discípulos en las Galias.

Habiendo visto que de los quince tonos de la música, los ocho últimos no son más que la repetición de los siete primeros, comprendió que bastarían siete signos para producir todos los tonos, con la condición de que se repitieran de alto á bajo, según la extensión del canto, de las voces y de los instrumentos (23); pero se ignora cuáles eran las

(23) De lo poco que sabemos, resulta que antiguamente había gran mezcla y arbitrariedad en el canto eclesiástico. La sencillez nacía necesariamente de la escasez de medios; pero algunos se referían al hebreo, otros al jónico y otros á un mixto. San Ambrosio quiso reformarlo, partiendo de la melopea griega. El sistema músico de los grie-

notas que servían para el *canto gregoriano*, haciéndose solo mención de las letras del alfabeto, de las claves y de las líneas de abajo y de encima. Aquella magestuosa melodía, en la que se han conservado preciosos restos de la antigua música de los griegos, aumentó el esplendor del divino culto; pero los temas sencillos, al mismo tiempo que grandiosos, se fueron perdiendo poco á poco para ceder el puesto á las producciones profanas de nuestros días, en los cuales se distrae la devoción con aires militares y teatrales.

gos estaba dividido en tetracordos y en los modos que de ellos se derivan. Ambrosio, en vista de que muchas melodías sagradas, si no melodías griegas transportadas, eran á lo menos motivos compuestos sobre los modos músicos de aquel pueblo, y que no excedían de los límites de una octava, pensó sustituir al sistema tetracordo de los griegos el más sencillo y fácil de la octava, tomando de los griegos los cuatro modos primordiales, que llegaron á ser la base del canto eclesiástico. Estableció, pues, estos modos:

dórico *re, mi, fa, sol, la, si, do, re*  
frigio *mi, fa, sol, la, si, do, re, mi*  
lidio *fa, sol, la, si, do, re, mi, fa*  
misolidio *sol, la, si, do, re, mi, fa, sol.*

Resultó, pues, un canto rítmico, medido, más consonante con la música griega que el canto gregoriano, el cual procede generalmente por notas de valor igual, resultando más monótono y sin cadencias.

## CAPÍTULO XVIII

### DOCTRINAS ENTRE LOS GRIEGOS.

Reptese como tantas otras proposiciones, aceptadas sin haber sido discutidas, que la literatura romana fué anonadada por los bárbaros. Nos sería preciso olvidar, para profesar esta opinión, cuán decrepita la hemos observado ya en la época precedente, y que subsistiendo las causas, debía descender cada vez más; necesitaríamos no ver que en el centro del imperio griego, al que no alcanzaron los bárbaros, una literatura mucho más rica y original que la de los latinos yacía corrompida en mortal languidez, al paso que la nuestra se manifestó semejante á un árbol podado, que después de un corto espacio retoña y echa un tallo vigoroso.

**Filósofos.**—Poseídos siempre los retóricos y filósofos de Atenas de veneración respecto de la doctrina y literatura antiguas, perseveraban en el designio de derribar la religión, que ya no podía llamarse nueva, y empleaban el mejor instrumento de revolución, la educación de la juventud. Pero cuando Justiniano suprimió el salario de los profesores (529), derribando después las cátedras como ya hemos dicho (1), se refugiaron en Persia cerca de Cosroes, esperando en su despecho que este príncipe enemigo del imperio y del cristianismo secundaría sus proyectos. Ocupado el héroe en otra cosa, no les prestó atención; dispersáronse entonces por las provincias, donde cada uno por su parte exhaló su impotente y aislada cólera contra una religión ya demasiado robustecida (2).

Un viajero llamado Hierocles (3), distinto del

gramático y profesor en Alejandria, hacía la mitad del siglo V, nos ha dejado un comentario sobre los versos aureos de Pitágoras y un tratado sobre la Providencia, el destino y el libre albedrío. Cansase en esta última obra en poner de acuerdo á Platon y á Aristóteles, en refutar á los estoicos y epicúreos, como también á los que pretendían leer el destino en el momento del nacimiento ó modificar los decretos de la Providencia con ayuda de encantamientos y ceremonias místicas. No obstante, su idea de la Providencia era trascendental; pues sostiene en otro pequeño tratado (*πὸς τοὺς θεοὺς χριστέον*) que no puede uno alcanzar de los dioses con oraciones el perdón de las culpas, siendo como son inmutables. Habiéndose convertido al cristianismo su discípulo Eneas de Gaza, conservó su amor á Platon, aunque para defender los dogmas ortodoxos en su diálogo «De la inmortalidad del alma y de la resurrección de los cuerpos,» opuso á la doctrina platónica del *logos* y del alma del mundo, la de la Trinidad. Pero es, sin embargo, escesivamente ligero para un filósofo.

Produjeron las controversias cristianas el estudio de la dialéctica de Aristóteles. Comunicó luz Temistio á los escritos de este autor, gracias al conocimiento que tenía de los platónicos. Ammonio de Hermias y su hermano Heliodoro, aunque discípulos de Proclo, enseñaron en Alejandria la filosofía de Aristóteles, ó por mejor decir, adoptaron algo del sistema peripatético, del cual se consideraba secuaz á todo el que no era platónico. Pero el más claro y docto de los comentadores de Aristóteles fué Simplicio de Frigia ó Cilicia, que se refugió también en Persia cuando se cerró la escuela ateniense. Su comentario sobre el *Manual* de Epicteto merece un puesto honroso entre las obras morales de los antiguos. Recientemente se ha en-

(1) En el t. III, pág. 588.

(2) Véase al citado SCHOELL y HEEREN.—*Gesch. des Studiums der classischen Litteratur*. Gotinga, 1797.

(3) No sabemos á que Hierocles atribuir las estúpidas chocarrerías de *Αστεια*.